

Servando Ortoll. *Con novedades del Camino Real*. Colima: Secretaría de Cultura/Gobierno del Estado de Colima, 2017.

“Los caminos mexicanos eluden cualquier intento de describirlos: resulta completamente imposible transmitir una idea correcta de ellos, y solo quien los ha sufrido puede entender lo que realmente son” (p. 188). Estas palabras, que describen caminos incalificables, corresponden a John Lewis Geiger, un aventurero inglés que solía defenderse con un rifle Winchester, y que viajó de Colima a Guadalajara por el Camino Real. Geiger es uno de los tres extranjeros cuyas experiencias de viaje aparecen en *Con novedades del Camino Real*. Esta obra de historia constituye un aporte soberbio para la región del norte de Colima y el sur de Jalisco, así como para explicar en demasía las historias de México. Esta obra, más allá de tratar al viejo Camino Real,

reflexiona en temas poco indagados que van de lo local a lo nacional o a lo internacional por medio del bandidaje, la inseguridad, los caminos pedregosos, los extranjeros, los pueblos, la gente, las actividades económicas, las condiciones climáticas y geográficas, las tradiciones, las costumbres y la vida cotidiana.

El autor y traductor de *Con novedades del Camino Real*, Servando Ortoll, reconstruye el pasado del mítico y afamado camino que unió desde la Colonia a pueblos localizados en lo que hoy conocemos como Colima y Jalisco. Así quedaron conectados —con el transcurrir del tiempo, y como ya se puede observar durante la segunda mitad del siglo xix— El Trapiche, Quesería, Tonila, San Marcos, Zapotlán el Grande, Sayula y otros pueblos por donde transitaban viajeros sin distinción de raza, edad, género, ocupación y estado civil. A pesar de que el camino era libre para todos, no siempre muchos quisieron, necesitaron o se atrevieron a cruzarlo, ante la presencia constante de bandidos y pronunciados.

La parte medular de *Con novedades del Camino Real* la nutren las tres crónicas de viaje que escribieron sendos forasteros que recorrieron esta ruta entre 1869 y 1873. El primero de los testimonios pertenece al coronel Albert S. Evans, un cronista que acompañó al exsecretario de Estado estadounidense

William S. Seward, en su visita a Benito Juárez. El segundo texto es de Rose Kingsley, dama inglesa que auxilió a la hermosa esposa del poderoso general William J. Palmer, importante empresario del ferrocarril. El último relato es de Geiger, un comerciante inglés, pudiente y exitoso.

Estos paseantes del mundo occidental atravesaron pueblos pintorescos, engalanados a veces por cielos cerúleos y en otros por nubarrones negruzcos; cruzaron por regiones de diversa y exuberante vegetación, escabrosas barrancas y caminos tortuosos, peligrosos, pedregosos y lodosos por las lluvias torrenciales. Los viajeros a quienes me refiero publicaron sus crónicas casi de manera inmediata tras regresar de sus expediciones bajo un sol mordiente. En 1871, por ejemplo, Evans las llamó *Our Sister Republic: A Gala Trip through Tropical Mexico in 1869-70*. Tres años después, Kingsley las titularía *South by West or Winter in the Rocky Mountains and Spring in Mexico*. Ese mismo año, Geiger las denominó *A Peep at Mexico: Narrative of a Journey Across the Republic, From the Pacific to the Gulf in December 1873 and January 1874*.

Retomando el trabajo de Ortoll, uno de sus méritos recayó en haber rescatado estos textos reveladores, para luego traducirlos al español y, posteriormente, investigar en temas

históricos, lingüísticos y antropológicos, y así interpretar el viejo Camino Real. Esto le implicó haber destinado dinero, tiempo y esfuerzo para pulir la traducción original de los escritos y comunicar el mensaje original de la manera más clara al lector contemporáneo, quien desconoce la vida de aquellos años maravillosos.

Mucha de la información recabada la obtuvo de archivos y bibliotecas de México y Estados Unidos.<sup>1</sup> También investigó en la Royal Geographical Society of London, siguiendo la pista de Geiger, quien perteneció a la misma. Además de esto, Ortoll consultó novelas con un preciado valor histórico, como *Subterráneos del Nevado o la hija del bandido*, de Refugio Barragán de Toscano, y *Clemencia*, de Ignacio Manuel Altamirano; revisó las estadísticas de Victoriano Roa y Manuel López Cotilla; leyó *Cartas de viaje por el Occidente*, de

Marvin Wheat, y rescató testimonios irremplazables, como los que obtuvo de José Mejía Barbosa, Rafael Ríos Muñoz y Juan S. Vizcaíno.

El título de la presente obra histórica, *Con novedades del Camino Real*, es corto aunque representativo a cabalidad: las “novedades” a las que Ortoll se refiere encarnan los actos de bandidaje cometidos en este camino y otros que enlazaban a pueblos a lo largo y ancho de este terruño y, en general, del territorio nacional. Actos de bandidaje perpetrados debido al desorden, al desempleo y a la falta de vigilancia, ineptitud o complicidad de las autoridades correspondientes. La idea del vocablo *novedades* en el título proviene del testimonio de Geiger, quien lo usó como un “término perifrástico y vulgar para el bandidaje” (p. 176), aludiendo a que cada vez que una diligencia se aproximaba a un pueblo sus moradores esperaban enterarse del más reciente robo a los pasajeros, práctica que constituyó parte de la cotidianidad.

*Con novedades del Camino Real* muestra en su portada un dibujo en el que aparece el exsecretario de Estado Seward durante su jornada de Colima a Guadalajara. El hombre de la política es transportado en un palanquín, pues no podía montar a caballo por varias horas debido a unas lesiones añejas derivadas

<sup>1</sup> Biblioteca Everett Lee De Golyer (Southern Methodist University); Biblioteca Butler (Columbia University), y las del Congreso en Washington, D.C., la University of California en Los Ángeles, los archivos de la Smithsonian Institution, la Biblioteca Eusebio Kino (del extinto Instituto de Filosofía y Ciencias de Guadalajara) y la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco.

de un viejo accidente. Si la imagen de la portada resulta excepcional, imagine el lector ese viaje:

Al subir y bajar las barrancas, y particularmente en sitios peligrosos, el palanquín era llevado a hombros por cuatro hombres robustos vestidos con pantalones de algodón blanco, anchos sombreros de hoja de palma y ásperas sandalias calzando sus pies. Cuando la procesión llegaba a un buen tramo en el camino, el palanquín era transferido a los lomos de dos mulas [...]. Los hombres eran relevados a intervalos de unos minutos, y pese al calor y los malos caminos, ellos mantenían un paso casi tan rápido como el de un hombre a caballo. (p. 69)

*Con novedades del Camino Real* inicia con un exordio de Ada Aurora Sánchez Peña. Luego aparece una primera parte, “De Colima a Guadalajara”, escrita por Ortoll, quien reconstruye el pasado del emblemático camino y descubre pueblos intermedios en la ruta. Hay una segunda parte, “Crónicas del Camino Real”, a la cual corresponden los escritos de Kingsley, Evans y Geiger, que Ortoll tradujo al español. Después de leer estas voces extranjeras, viene una tercera parte, “Fin de la jornada”, seguido por el subtítulo “Tres viajeros

por el Camino Real”, escrito magistralmente por José de Jesús Hermosillo Martín del Campo, quien destaca el “asombro” que todo viajero vive al andar por tierras ajenas.

A esta sección le siguen los agradecimientos del autor. Sobresalen en el libro un plano del camino de Guadalajara a Colima de Juan I. Matute, cuyo original data de 1861, y los grabados y fotografías de Gabriela Ulloa y Tracey Montgomery, los cuales exhiben caminos, volcanes, ciudades, barrancas, poblaciones, edificaciones, así como personajes que muestran múltiples ropajes y vestiduras, como los coroneles Albert S. Evans y Sabás Lomelí, el exsecretario de Estado Seward, mujeres, novios, indios y escoltas.

Para centrarnos en lo que Kingsley, Evans y Geiger manifestaron en sus andanzas por el Camino Real, observamos que estos viajeros compartieron noticias y sucesos pasados (como el terremoto de 1806 en Zapotlán el Grande y las batallas entre mexicanos y franceses), y mencionaron a personalidades locales y extranjeras que identificaron, en algunos casos, de acuerdo con su raza, condición social y económica. Entre los poderosos y adinerados que se comentan en los textos destacan los gobernadores de Colima Francisco Santa Cruz, Francisco Javier Cueva y

Ramón R. de la Vega; el hacendado de San Marcos, Mauricio Gómez y Juan Fermín Huarte, el dueño de la “vieja casona” ubicada en el centro de Colima; el cónsul Augustus Morril, el coronel Sabás Lomelí, el coronel y bandido Antonio Rojas y su acérrimo rival Manuel Lozada.

El bandidaje en los caminos, que tuvo efectos incuantificables durante el siglo XIX, es tema compartido por los tres ambulantes. Muchas de las travesías las emprendieron en la madrugada con diligencias acompañadas de escoltas armados. Kingsley recordó, al poco de salir de Zapotlán el Grande con dirección a Sayula, haber empuñado su arma durante el trayecto: “No hubo luz por un par de horas, excepto la que provenía de las estrellas; pero no podíamos dormir; cada nervio estaba en tensión, procurando captar cualquier perspectiva o sonido que pudiera indicar la presencia de asaltantes” (p. 140). Más adelante, cuando se aproximaba el grupo a la montaña La Coronilla, la inglesa encontró recuas de mulas y bueyes que habían sido robadas. “Los arrieros que las conducían [escribió] nos proporcionaron en cada caso diferentes relaciones del número de los ladrones, y nos miraron con aire de compasión” (p. 147). Eso provocó en ella un nerviosismo que la espantó aun más. Al arribar al poblado Santa Cruz, observó

a unos hombres que los miraban desde el remate de la parroquia, según ella con la intención de robarlos, mientras que en ese mismo momento otros a caballo —que pudieron ser sus compinches— se difuminaban a la distancia.

Al tratar este mismo tema, Geiger enfatizó su desconfianza en su escolta: “nuestra escolta montada, me pareció, [...] formada por los mestizos más criminales que hubiera visto hasta ahora; y su apariencia correspondía tan cercanamente con la descripción de una banda de salteadores”. Así continuó el viajero inglés:

Estos mozos armados sirven como escolta si se les contrata para ese propósito, y mientras uno les pague son tolerablemente honestos; pero si uno se arriesga a viajar sin protección, estos versátiles caballeros exhibirán la parte bandolera de su negocio, y atacarán a uno y lo robarán. Ellos están resueltos a vivir del viajero de una manera u otra y, por igual, constituyen el mal y proveen el remedio. (pp. 164-165)

Además de sospechar de las personas que le brindaron protección, Geiger dudó de los gobiernos y remarcó la apatía de los humildes lugareños ante la inseguridad —crítica vigente al México actual—. Desde esta tesitura, Geiger escribió:

Las autoridades del estado, quienes tienen con frecuencia que agradecer a estas gavillas su ayuda para llegar al poder, no ponen muchos obstáculos en el camino de sus procedimientos depredadores; incluso si cometen un asesinato, los responsables rara vez son llevados frente a un tribunal. La población ha llegado a acostumbrarse tanto a las noticias de robo y asesinato, y tanto se ha desacostumbrado a la idea de un castigo para el crimen, que a ese respecto se ha vuelto perfectamente insensible. (p. 165)

Otros temas que relucen entre lo que los viajeros percibieron son la amabilidad y la hospitalidad de los anfitriones en los lugares donde los recibieron. Por

ejemplo, las cenas acompañadas de bailes y música suave, con la presencia de mujeres bellas, derivaron en memorables y portentosos eventos para más de un trasnochado. En contraparte, existieron

ocasiones en las que salieron a flote ciertas incomodidades: lo expresó Kingsley, tras dormir en una cama que consistía prácticamente de una mesa de patas

cortas “con un colchón de apenas una pulgada de grueso” (p. 124) o cuando ella misma se molestó al enterarse de que la servidumbre de la hacienda de San Marcos no hablaba inglés y categorizó a los sirvientes de ser “demasiado estúpidos” (p. 124). Por su parte, la





señorita Kingsley jamás mencionó en su texto haber intentado comunicarse en español con los lugareños, si es que eso ocurrió. De igual forma, los desayunos a muy temprana hora le resultaron desquiciantes.

En los textos de estos trotamundos aparece el asombro —al que se refiere al final José de Jesús Hermosillo— ante las mujeres cocinando, el comercio, las anécdotas chuscas, los aspectos críticos a la sociedad y ciertas comparaciones entre sus lugares de origen y los sitios por los que transitaron en el Camino Real. Por ejemplo, Evans resalta imágenes de mujeres usando camisas holgadas y faldas de algodón; cocinando en cuclillas junto a un bloque de “piedra lava ahuecado”, y moliendo maíz cocido para hacer tortillas adentro de sus tristes caseríos. En otro aspecto, el comercio maravilló a los viajeros, al observar cómo los mercantes transportaban enormes cantidades de productos en incontables, incansables y famélicas acémilas. Evans estimó haberse topado al día con entre 1 500 y 2 000 mulas, y llegó a afirmar que se empleaban 20 000 para acarrear mercancías entre Colima y Guadalajara (p. 85). Entre los artículos que transportaban estos muleros en sus cuadrúpedos se encontraban sal, jabón, frutas, azúcar, pulque, mezcal, tequila, petates y loza de burdo barro.

Entre los pasajes más disfrutables y placenteros del libro aparece el agudo buen sentido del humor de Evans:

Sobre el portón de uno de los templos [de Zapotlán], notamos un rótulo en que se decía que había 13 lugares en el interior en los cuales se podía depositar dinero y orar, a fin de sacar del purgatorio o ayudar en su camino a cualquier amigo que se quiera y se nombre. Deseando prestar un favor y brindar ayuda a un amigo en San Francisco, deposité 25 centavos. Olvidé mencionar que él aún no está muerto, pero presumo que eso no marcará diferencia alguna, ya que seguramente va a necesitar la ayuda tarde o temprano, y entre más espere, mayor será la necesidad que tenga del auxilio que sus amigos puedan darle. (p. 88)

En un segundo impulso de ingenio, Evans cuenta haber bebido unos sorbos de tequila estando ya cerca de Guadalajara:

[sentí que mi] cabeza empezó a aumentar de tamaño tan rápidamente, que entendí sin pérdida de tiempo que, a menos que saliera inmediatamente, la puerta me iba a quedar demasiado pequeña cuando [quisiera] escapar y por ella.

Evans experimentó la sensación de que sus piernas se habían acortado y que su cabeza seguía creciendo hasta llegar a sentirse como un barril de azúcar apoyado sobre dos pajas (pp. 113-114).

La crítica social y política de Evans y Geiger es ilustrativa. A propósito de los moradores en el noreste de Colima, el primero enfatizó su pobreza y “conformismo”:

[...] la gente —en su mayoría de descendencia indígena— vive en chozas pobres de caña con techos de paja de arroz, expuestas al viento y a la lluvia por sus cuatro costados. Visten miserablemente, pero parecen tener qué comer en abundancia. Son de buenas costumbres, y aparentemente viven contentos con su suerte. (p. 68)

En Zapotlán, reprochó la conducta de los zapotlanenses por su doble moral: “Se antoja un tanto extraño que la gente de las ciudades en donde los festivales de los santos son celebrados con el fervor más grande, también se deleite en gran manera con los entretenimientos crueles y poco morales de la plaza de toros y el palenque”, esto último a propósito de las peleas de gallos (p. 95).

A diferencia de Evans, Geiger acometió en contra de los gobiernos estatales,

pobladores y clérigos. Después de haber partido de Colima a Guadalajara, indicó que el camino por el que viajaba había quedado desde su culminación muchos años atrás “en el más completo abandono, siendo muy utilizado y nunca reparado”. Geiger afirmó con severidad, pero sin recato que el Camino Real era la esencia de “toda obra pública” en México (p. 153). Asimismo, denostó a los zapotlanenses por poseer una reputación cuestionable al ser cómplices de los malhechores de la región, y arremetió contra los sacerdotes del pueblo:

[...] he escuchado que los eclesiásticos mismos son los jefes de bandas de salteadores de caminos; e incluso los mejores de su orden están demasiado dispuestos a ignorar el mal, mientras la gente asista a la confesión, quemé cirios en capillas públicas y, por último, aunque no de menor importancia, pague el dinero estipulado para la absolución y cosas parecidas. (p. 169)

Relató que un domingo, en Zapotlán, lo había divertido mucho “un viejo y obeso sacerdote”:

[...] cómodamente montado en un carronato ligero junto con algunos amigos, dirigía con la más piadosa energía a los pobres de su feligresía, quienes en



esos momentos salían en gran número de la iglesia, para que acudieran a una mina de cantera a unas tres millas de distancia, a recolectar allá piedras y trasladarlas al solar de la catedral, en manera de ayudar así en los trabajos del edificio.

Geiger notó que gran cantidad de mujeres colaboraron en semejante obra, lo que lo obligó a esperar su retorno. Lo narró todo con las siguientes palabras: “los vimos regresar tarde en la noche con pesadas cargas de piedra y arena sobre sus cabezas, mientras su rollizo ‘nigromante’ iba conduciendo las mulas plácidamente” (p. 172).

El último punto a destacar en este libro son las numerosas comparaciones entre los lugares de origen de los tres

viajeros y los del trayecto. Por ejemplo, Evans escribió:

Esta gente mexicana “supera al resto del mundo” por cuanto al número y excelencia de platillos que prepara para la mesa con poco tiempo de anticipación. Se puede comer pollo, pavo o carne de res en abundancia en cada pequeño caserío, y se los sirve en una variedad de estilos, siempre bien cocidos y apetitosos. (p. 73)

El mismo viajero afirmó que el jabón de Zapotlán era “muy superior” al de Estados Unidos (p. 87).

Finalmente, *Con novedades del Camino Real* brinda temas valiosos para investigar a profundidad. Este libro

## Reseña

invita a explorar nuevas formas de contar historias a partir de enfoques novedosos, como el transnacional, apartando narrativas tradicionales, y siguiendo de cerca movimientos, ideas, noticias, bienes, gente y experiencias que cruzaron fronteras o jurisdicciones. Este texto obliga a los historiadores regionales comprometidos a escribir historias “totales” como llave maestra y de entrada al pasado de la zona.

ALEJANDRO RODRÍGUEZ MAYORAL  
ORCID.ORG/0000-0002-3698-6436  
Investigador independiente  
alejandro\_rodriguez-mayoral@outlook.com

**D. R. © Alejandro Rodríguez Mayo-  
ral, Ciudad de México, enero-junio,  
2020.**